



UNIVERSIDAD ESTATAL A DISTANCIA
Consejo Universitario

ACTA 1094-94

* C O N T E N I D O *

- I. Entrega del "DOCTORADO HONORIS CAUSA", al Lic. Manuel Mora Valverde.

* * *



CONSEJO UNIVERSITARIO

UNIVERSIDAD ESTATAL A DISTANCIA
Consejo Universitario

29 de junio, 1994

ACTA No. 1094-94

SESION SOLEMNE

PRESENTES: MBA. Anabelle Castillo, Rectora a.i.
Dra. Marina Volio
Licda. Nidia Lobo
Máster Helio Fallas
Lic. José Luis Torres
Lic. Luis Paulino Vargas
Bach. José Daniel Arias

INVITADOS: Ing. José María Figueres Olsen, Presidente de la República.
Sra. Josette Altman de Figueres, Primera Dama
Señores Diputados de la Asamblea Legislativa
Señores Expresidentes de la República
Señores Corte Suprema de Justicia
Señores Miembros del Poder Ejecutivo
Señores Cuerpo Diplomático
Familiares y Amigos de la Familia Mora Salas.

AUSENTES: Dr. Celedonio Ramírez, fuera del país
Licda. María Eugenia Dengo, se excusa
M.Ed. Jesusita Alvarado, con permiso

Se inicia la sesión solemne a las 7:40 p.m., en el Teatro Nacional.

ARTICULO UNICO: ENTREGA DEL DOCTORADO HONORIS CAUSA, AL LIC. MANUEL MORA VALVERDE.

MBA. ANABELLE CASTILLO: Se abre esta sesión solemne del Consejo Universitario, cuyo punto único de agenda es la entrega del Doctorado Honoris Causa al Lic. Manuel Mora Valverde.

La máxima distinción que una universidad le puede otorgar a un alumno es conferirle el grado de doctor. El máximo homenaje que una universidad le puede rendir a un ciudadano es otorgarle el grado de Doctor Honoris Causa. El Consejo Universitario de la Universidad Estatal a Distancia el día 25 de mayo de 1994, a propuesta de una Comisión de la Universidad y avalada por el Consejo de la Vicerrectoría de Planificación, decidió



unánimemente homenajear al Lic. Manuel Mora Valverde, otorgándole el grado de Doctor Honoris Causa.

Al entregar hoy con sumo agrado este Doctorado Honoris Causa a Don Manuel Mora, me permito felicitar muy sinceramente al Consejo Universitario de la UNED, por una decisión que honra tanto a la Universidad como a toda la comunidad nacional. Dado lo que el licenciado Mora Valverde ha hecho por nuestro país, este homenaje debe entenderse por un lado, como una confesión pública de lo mucho que le debemos todos los costarricenses y por otro, como un llamado que hace nuestra comunidad universitaria a que reflexionemos sobre lo que se ha operado en el alma nacional debido a don Manuel.

La vida de toda persona tiene importancia para la persona que la tiene, pero en qué consiste esta importancia, sólo ella lo sabe, porque sólo ella sabe lo que se propuso hacer consigo mismo y lo que realmente logró. La vida de una persona tiene importancia para la sociedad a la pertenece cuando debido a ella, se opera un cambio en esa sociedad. La Vida del licenciado Mora Valverde, es de gran importancia para todos los costarricenses porque debido a ella, se han operado cambios de enorme transcendencia en la vida nacional que le han conferido un carácter muy propio a nuestra forma de ser. Me limito aquí a señalar los siguientes cuatro cambios: La transformación social pacífica, el fortalecimiento de nuestras instituciones sociales, el fortalecimiento de la clase trabajadora y la defensa de la soberanía y dignidad nacional.

1. La transformación social pacífica

Para la humanidad, este siglo pasará a la historia como el siglo de las grandes transformaciones sociales y como el siglo de la globalización del conflicto violento. Dos guerras mundiales, revoluciones y otras guerras han producido grandes transformaciones en el mundo entero.

Dentro de este marco de conflicto, lo más importante y lo más singular que se ha operado en Costa Rica en los últimos 50 años es una marcha permanente hacia una transformación social pacífica. La marcha hacia la transformación se la debemos al concurso de muchos costarricenses ilustres entre los cuales se encuentra Manuel Mora. Esta por supuesto no es una marcha que ya ha terminado. Tampoco es una marcha que ya ha logrado la transformación social final que persigue. Sin embargo, lo importante de ella es que nos ha mantenido y nos mantiene en movimiento constante hacia una patria con justicia, progreso y libertad para todos.

El que esta marcha haya sido pacífica, se lo debemos en gran medida a don Manuel Mora. Don Mario Echandi así lo reconocía en 1979, cuando afirmaba "Costa Rica le debe a Manuel Mora parte de su tranquilidad: parte importante de su tranquilidad, porque



manteniendo ideas que no son exactamente las que yo mantengo, ha respetado como yo los mismos principios de la Constitución, de la tranquilidad y de la democracia costarricense." Así lo vio también don Daniel Oduber cuando afirma "Ojalá viva muchos años más para bien del país que con su presencia se ha ahorrado el cambio violento que hoy viven países hermanos."

Pero no le debemos esto a Don Manuel por casualidad. Ciertamente, su amor por la humanidad y por la justicia social, lo llevó desde la juventud a enrolarse en un movimiento social que tenía como una de sus premisas, el cambio violento. Sin embargo, Manuel Mora en primer lugar, siempre tuvo muy claro que lo que importaba no era el poder sino la justicia que buscaba. Por ello, el 12 de junio de 1934, nos decía abiertamente: "Si el poder no nos ha de permitir realizar los anhelos de la humanidad oprimida, no queremos el poder". En segundo lugar, Manuel Mora siempre ha tenido muy claro que la justicia que busca tiene que ser la que verdaderamente le conviene a Costa Rica. Por ello, en 1938 nos decía: "De hoy en adelante vamos a dedicar todas nuestras fuerzas y todos los recursos a nuestro alcance a demostrar a las masas costarricenses que nuestro partido es una organización por encima de todo nacional; que sus consignas de lucha no le vienen de fuera sino que las arranca de la entraña misma de la vida económica y social del país;". En tercer lugar, Manuel Mora siempre ha guiado sus grandes aspiraciones sociales con un patriotismo excepcional. El mismo subraya este patriotismo en 1938, al referirse al partido comunista cuando dice: "Su aspiración suprema es el engrandecimiento de Costa Rica mediante la liberación económica y política de su pueblo; y que los esfuerzos que realiza por consolidar su organización y robustecer su disciplina no son esfuerzos al servicio de intereses extranjeros sino empeños nobles que se cohesionan en el anhelo supremo de dar gloria a la patria."

2. El fortalecimiento de las instituciones sociales.

La sabiduría de un político consiste por un lado en la búsqueda de grandes propósitos que coincidan en el momento histórico en que los busca con las grandes aspiraciones de su pueblo, y por otro en saber escoger los medios que lo conduzcan a él y a su pueblo al logro de los mismos. En este sentido Don Manuel ha sido uno de los políticos más sabios. Su causa permanente ha sido el sueño de justicia para las grandes mayorías y los medios para lograrla han sido, contrario a lo que muchos esperaban, el fortalecimiento de las instituciones sociales, el fortalecimiento de los trabajadores y la defensa de la soberanía y dignidad nacional.

Para Manuel Mora una transformación social pacífica no es posible sin instituciones estatales vigorosas capaces a la vez de atender las necesidades de las grandes mayorías y de promover la justicia social. El mismo nos esbozó esta necesidad en el debate promovido por la Federación de Estudiantes de la Universidad de



Costa Rica en 1958, cuando dice: "Conozco la cárcel y conozco el destierro. Y es con base en esta experiencia, que les aseguro que la tranquilidad de nuestro pueblo va a depender en una medida muy grande de la amplitud real de las instituciones democráticas y de que logremos hacer de Costa Rica una República dueña también de su destino".

Daniel Oduber, confesó el impulso que Manuel Mora le dio a estas instituciones cuando dijo: "En otros campos tenemos tesis radicalmente opuestas, pero en su lucha por las garantías sociales, el Código de Trabajo, el Seguro Social, el INVU, el Consejo Nacional de la Producción etc., su iniciativa en unos casos y su apoyo en otros fue determinante".

3. El fortalecimiento de la clase trabajadora.

Aunque todas las instituciones sociales están en deuda con Manuel Mora, ningún sector le debe tanto como la clase trabajadora. Para Don Manuel no puede existir democracia auténtica sin democracia económica y no puede sobrevivir una sociedad en la que el progreso sólo sirve para satisfacer la codicia de unas minorías. Pero sobre todo, no puede sobrevivir una sociedad en la que los trabajadores son explotados, como meros instrumentos de los dueños de los medios de producción para servirles la mesa y son enajenados de los beneficios de su trabajo, porque sólo se les transfiere por goteo las migajas del banquete.

Por lo anterior, inspirado por el compromiso intrínseco del Marxismo con los trabajadores, Manuel Mora por un lado, impulsó y apoyó decididamente el Código de Trabajo y por otro promovió el fortalecimiento de los movimientos sindicales que fueron su verdadera trinchera. El comprendió muy bien, desde que fundó el partido comunista que una fuerza laboral consciente de sus derechos, bien organizada, y decidida a exigirlos es posiblemente el mejor contrapeso que tiene un pueblo contra la codicia de los pocos, y la mejor garantía de no caer en extremos. Manuel Mora encontró que el único justo medio de todas las acciones en el campo socioeconómico, capaz a la vez de mantener el equilibrio social y promover el mejoramiento de la condición social de los que menos tienen, es que los trabajadores tengan una fuerza social determinante.

Ciertamente, en Costa Rica ni las injusticias laborales han desaparecido, ni el trabajador ha logrado apoderarse de los medios de producción. Sin embargo, los trabajadores le deben en gran parte a Manuel Mora el que tanto ellos como los patronos reconozcan hoy en día la dignidad del trabajador y la necesidad de lograr un mejor equilibrio entre lo que ganan los primeros y los segundos. En la medida que esta consciencia social, siga operando y creciendo en la mentalidad de los costarricenses no

sólo mantenemos en marcha la reforma social, sino que nos garantizamos que esta marcha conduzca hacia el equilibrio en vez de a servirle la mesa a unos pocos.



4. La defensa de la Soberanía y dignidad Nacional.

Desde Juanito Mora pocos son los hombres que en Costa Rica han defendido con tanta convicción y con tanto empeño la soberanía y la dignidad nacional, contra los organismos internacionales y particularmente, contra toda forma de imperialismo. Muchos le criticaron esta posición a don Manuel Mora o la consideraron como resultado de sus compromisos políticos. No obstante, ya en 1948 él decía: "No somos enemigos de los Estados Unidos, sino del imperialismo yanqui. No somos enemigos del gran pueblo yanqui sino de sus grandes monopolios que nos roban y esclavizan."

Su lucha contra los petroleros, contra el monopolio de la United, contra los contratos de ALCOA, etc., y contra todo esfuerzo de los organismos internacionales por aumentar la dependencia de nuestros pueblos es ya parte bastante conocida de la historia de nuestro pueblo. Sin embargo, lo más importante de la lucha de don Manuel es el cambio que se ha operado en la forma de pensar de aquellos costarricenses que seguimos siendo hospitalarios, amistosos, y abiertos a todo lo extranjero, pero ahora con más cautela, con más prudencia y sobre todo con más sentido de que no podemos entregar nuestros recursos naturales, de que no podemos perder nuestras costumbres y de que bajo ninguna circunstancia podemos servir de mero instrumento para aumentar la codicia de aquellos que sólo buscan explotarnos.

Relata Anthony de Mello que: "Estaba el filósofo Diógenes cenando lentejas cuando le vio el filósofo Aristipo quien vivía confortablemente a base de adular al Rey. Y Aristipo le dijo: "Si aprendieras a ser sumiso al Rey no tendrías que comer esa basura de lentejas". A lo que Diógenes replicó: "Si tú hubieras aprendido a comer lentejas, no tendrías que adular al Rey". De igual manera, Manuel Mora por medio de sus luchas nos ha enseñado a tener vergüenza y a confiar en nuestra propia dignidad. Es lamentable, sin embargo, que hoy en día bajo la influencia de la globalización, de la planetarización y de los tratados de libre comercio se dé una tendencia creciente en nuestro pueblo a olvidar esta lección y a sacrificar descaradamente nuestra identidad nacional.

Gracias Licenciado Manuel Mora Valverde, por haber dedicado su vida al engrandecimiento de Costa Rica. Debido a sus esfuerzos, existe en todos nosotros un pedacito de tu alma que nos hace mejores costarricenses y que nos abre un futuro mejor. Al entregarle este Doctorado Honoris Causa de corazón le decimos como ha dicho O. Sweet:

"El Mundo anda siempre en busca de:

Hombres que no se vendan.

Hombres honrados, sanos desde el centro hasta la periferia.

Hombres íntegros hasta el fondo del corazón.

Hombres que defiendan la razón aunque los cielos caigan y la



CONSEJO UNIVERSITARIO

tierra tiemble.
Hombres que digan la verdad sin temor al mundo.
Hombres que no se jacten ni huyan, que no flaqueen ni vacilen
Hombres que tengan valor sin necesidad de acicate.
Hombres que sepan lo que hay que decir y que lo digan.
Hombres que sepan cuál es su puesto y que lo ocupen.
Hombres que conozcan su trabajo y su deber y que lo cumplan.
Hombres que no mientan, ni se escurran ni rezonguen."

Don Manuel, es un orgullo para los costarricenses el tener en usted un hombre así.

ING. JOSE MARIA FIGUERES: Me cabe el honor de dirigir unas breves palabras en primer lugar al propio homenajeado de esta ocasión, el Dr. Manuel Mora Valverde y su honorable familia, más también a toda la distinguida concurrencia que hoy le rinde los máximos honores académicos tan merecidamente. Me uno de corazón a tan merecido homenaje porque considero que una ceremonia como la presente reviste diversas significaciones, todas de inmenso valor. Concretamente, me referiré a dos de ellas.

Se trata en primer lugar, de honrar en vida a una de las figuras históricas de mayor relevancia de uno de los períodos más importantes de nuestra historia reciente, ese período en que se forjó en medio de grandes luchas la Costa Rica contemporánea. Me refiero a la década que va de 1940 a 1950. El nombre de Don Manuel Mora estará indisolublemente ligado en nuestra historia patria a las grandes reformas sociales, que tuvieron verificativo en esa época. Sus inquietudes por la justicia social y su conciencia de costarricense de pura cepa, lo llevaron a forjar alianzas con el Gobierno de entonces y con la Iglesia Católica que hicieron posible conjuntar todas las fuerzas políticas y sociales necesarias para emprender las mencionadas reformas y poner los cimientos de nuestro actual estado social de derecho.

Tales hechos nos son hoy familiares, pero en aquellos duros años de la II Guerra Mundial constituían una verdadera revolución no solo en la Costa Rica aún aldeana de entonces, sino incluso en el ámbito internacional. Los revolucionarios de 1948 y los constituyentes de 1949 así lo reconocieron al mantener e incluso, fortalecer esas reformas sociales que parecían tan avanzadas en 1943. Buena parte de la estabilidad política lograda desde entonces por nuestro país y que nos distingue con orgullo de otros países vecinos, se debe a la base de justicia social lograda en esas jornadas históricas. Por eso con sobrada razón el nombre de Manuel Mora está indisolublemente ligado, para amplios sectores de nuestra población, a sus legítimas aspiraciones de justicia social. Ya por solo este hecho Don Manuel merece el título que hoy le confiere la UNED y el homenaje público que hoy se le rinde en este máximo coliseo de la cultura nacional.

Los motivos que acabo de mencionar y que justifican ampliamente



CONSEJO UNIVERSITARIO

este homenaje, se refieren a hechos del pasado de indiscutible repercusión en el destino posterior de nuestro país.

Pero hay otras razones que igualmente ameritan el honor hoy conferido a Don Manuel Mora y que tienen que ver sobre todo con la situación política del mundo actual. A ello me referiré a continuación.

He dicho en repetidas ocasiones que nuestro gobierno es el primero en Costa Rica que se inicia en un contexto internacional caracterizado por el fin de la Guerra Fría. Sinceramente nos alegramos de ello pues ya ha desaparecido la tensión que significaba la amenaza de una destrucción del planeta en un holocausto nuclear. Hoy se respira un ambiente de distensión que hace posible que los regímenes democráticos se extiendan y consoliden en toda la geografía mundial y, de modo particular, en nuestra América Latina. Esta atmósfera de distensión universal nos permite mirar con más serenidad y ecuanimidad los hechos relevantes acaecidos durante ese período recién pasado y aquilatar los personajes que entonces jugaron un papel protagónico.

A medida que pasan los días las controversias que otrora dividían a los costarricenses y que en buena parte eran reflejo de esa situación internacional, parecen disiparse y otorgar a la realidad pasada y presente su verdadera dimensión. Incluso quienes hoy gobernamos el país somos hijos de una generación que no vivió los hechos sangrientos de la década de los cuarenta, aunque sí nos beneficiamos de los logros permanentes en el campo de la justicia social y de la consolidación de nuestro régimen democrático.

Hoy la distancia, que necesariamente trae aparejado el fluir inexorable del tiempo, permite aquilatar el verdadero valor de esos hechos y personajes que llenan la crónica histórica de esa época recién pasada, aunque muy presente hoy día no solo en la memoria de muchos de nuestros compatriotas, sino también constantemente vigente en la realidad actual gracias a sus frutos y resultados permanentes. Una ceremonia como ésta es fiel expresión de lo que acabo de mencionar.

No creo oportuno extenderme más en consideraciones sobre el profundo significado de esta hermosa y merecida ceremonia. Pero tampoco quisiera terminar mis palabras sin reiterar a Don Manuel Mora Valverde y a su distinguida familia, mi felicitación por el homenaje justo y merecido de que hoy es objeto por parte de la UNED y al cual, repito, me adhiero de corazón. Estoy seguro que todo el pueblo costarricense me acompaña en estos sentimientos. Hoy se ha hecho justicia con un hijo ilustre de nuestra Patria. Y si honrar honra, yo me siento honrado al unirme a este homenaje al Dr. Manuel Mora Valverde. Felicitaciones una vez más, ¡ Y MUCHAS GRACIAS !



CONSEJO UNIVERSITARIO

LIC. MANUEL MORA SALAS: Quiero agradecer, sincera y profundamente, en nombre de toda mi familia y de los muchos seguidores y admiradores de mi padre, la decisión de la UNED de conceder a Manuel Mora Valverde el título de Doctor Honoris Causa. Es importante que sean precisamente las universidades, primero la de Costa Rica al otorgarle el premio Rodrigo Facio, y ahora la UNED, quienes hayan concretado la iniciativa de hacer no sólo un poco de justicia histórica, sino de contribuir, valientemente, al esclarecimiento de la historia del país. Se trata, en el fondo, de reubicar históricamente a figuras y hechos que, por razones no científicas o históricas no han sido ubicados donde el pueblo con su memoria pertinaz y tozuda, sabe realmente que les corresponde estar. Estos reconocimientos serios, científicos, históricos y tan excelentemente razonados, provenientes de universidades del Estado, constituyen, sin lugar a dudas, un aporte importante al desarrollo de la conciencia política del país, tan necesitada hoy día de una cultura política superior, cimentada en lo mejor de nuestra propia herencia y de la experiencia mundial.

Se me ha pedido intervenir en el presente homenaje a mi padre en nombre de la familia. Lo hago en esa condición, pero me resulta imposible hablar circunscribiendo mis palabras a aspectos puramente familiares, anecdóticos. No pretendo escribir en esta breve intervención un ensayo sobre la vida política de Manuel Mora Valverde, sino aportar aspectos importantes que señalan su lucha y su vida, desde mi óptica, como hijo y como subalterno que ha trabajado a sus órdenes casi desde muy niño escuchando su poderoso pensamiento, siempre político, práctico, concreto, profundamente lógico, pero por encima de todo, costarricense y humanista, hasta en sus más mínimos detalles.

En muy pocos casos, el ser de nuestro pueblo caló tan hondo en el subconciencia político de una persona, como en Manuel Mora Valverde. Y caló tan hondo que ni el dogmatismo, ni las inercias estereotipadas, ni la falta de originalidad, fenómenos todos que hicieron estragos en las filas del marxismo, pudieron sacarlo nunca de su visión de la política entendida como una ciencia y consecuentemente regida por leyes. Es esa la razón por la cual, al derrumbarse el modelo de socialismo que podríamos llamar estalinista, cuando muchos caen en la lamentación o el pesimismo y otros abjuran de sus ideas, mi padre sigue tan optimista como el día que renunció a una beca para estudiar física y matemáticas en Francia y decidió consagrar toda su vida, todo su ser, a la lucha social. Nadie absolutamente nadie puede afirmar que las razones que llevaron a mi padre a dedicar su vida a la lucha social han desaparecido. Los males que afectan a la humanidad son ahora más terribles, dramáticos y paradójicamente absurdos si los ubicamos en el contexto de enorme desarrollo tecnológico y productivo actual, que cuando Manuel Mora, en los barrios del viejo San José, parado en un banquito de madera, hacía emotivos y enérgicos discursos contra la injusticia social. De esos primeros discursos poco nos ha llegado. Quizás las anécdotas.



CONSEJO UNIVERSITARIO

Posiblemente eran incendiarios y extremistas. De una cosa sí podemos estar seguros: eran inteligentes, brillantes y cortantes, honrados, como honrada ha sido toda su vida. Porque la honradez sin tacha mi padre la heredó de mis abuelos, los verdaderos formadores de la extraordinaria personalidad del gran patriota y revolucionario que ha sido Manuel Mora Valverde.

Este homenaje a mi padre, sin duda alguna, es también un homenaje a mis abuelos y a los antepasados que en los momentos más críticos de la historia patria, cuando se libró la verdadera guerra de independencia de Costa Rica contra los filibusteros, supieron ir construyendo la herencia de honor, de sacrificio, de lucha, de amor a nuestra nacionalidad de la cual se nutrió mi padre desde su más tierna infancia.

La injusticia social mi padre la vivió en carne propia. No tuvo que leerla en libros. Durante la dictadura de los Tinoco, al irse mi abuelo al exilio a unirse a la lucha armada contra la satrapía, toda la familia vivió momentos terribles. Vendió sus juguetes para llevar comida a la casa. Conoció la naturaleza y la barbarie del "capitalismo salvaje", como lo ha llamado el Papa Juan Pablo II, cuando por falta de dinero no pudo comprar el oxígeno que necesitaban dos hermanitas enfermas de tosferina y las vio morir asfixiadas. Según sus propias palabras, esa tragedia determinó su entrega política no por resentimiento social, sino por convicción humanista. A partir de ese momento, conscientemente, se preparó para luchar por su pueblo. Subordinó sus intereses puramente personales a los intereses sociales y convirtió la lucha por los pobres y los necesitados en su razón de ser.

Apegado al concepto de que la historia la hacen los pueblos y no los grandes hombres, mi padre, actuando, según mi criterio con un poco de dogmatismo, nunca ha querido hablar de cosas personales. Incluso se ha negado siempre a que se escriba su biografía. Su imagen personal, familiar, es muy poco conocida. Su recia y rica personalidad tiene una profunda huella de mis abuelos. De mi abuelo, obrero ilustrado, hombre de gran inteligencia, extraordinario conversador, heredó el alma indómita, la búsqueda de la libertad de mente y espíritu, la autenticidad a toda costa. De mi abuela, mujer culta y bien educada, heredó una potente y extraordinaria fuerza de personalidad y los principios cristianos, que ella misma vivía y predicaba con su ejemplo inmaculado. De ambos heredó la sencillez, la verdadera modestia, la responsabilidad en el trabajo, la valentía y el coraje personal sin límites. Del pueblo, de nuestro humilde pueblo costarricense recibió todo. Resalto como cualidades sobresalientes muy suyas y muy de nuestro pueblo la tolerancia, la flexibilidad y el pragmatismo político. En esa idiosincracia de nuestro pueblo, que él supo integrar, amalgamar en su ser,



CONSEJO UNIVERSITARIO

que siempre ha rechazado para bien del país.

A lo largo de su trayectoria política, principalmente en sus primeros discursos, Manuel Mora Valverde, enfrenta los verdaderos conceptos cristianos, de justicia social, a los ataques hipócritas, dignos de los fariseos sin esconder su ideología. Entendía desde esa época, que realmente entre los principios del cristianismo y los de la revolución no había contradicción. Antes bien, el cristianismo lo veía, y lo sigue viendo, como una doctrina eminentemente revolucionaria en el sentido científico del término. Fue esa visión genial la que le permitió años después concretar la alianza con Monseñor Sanabria.

Manuel Mora llegó al Congreso muy joven, a la edad de 24 años. Realizó la que a juicio de muchos estudiosos es la más brillante carrera parlamentaria del país en este siglo. Lo digo consciente de que a él, aquí presente, no le gustará tal afirmación. A algunos quizás les parezca un poco exagerada. En todo caso sí es un hecho que Manuel Mora inició aquí un nuevo tipo de parlamentarismo. Se trataba de un parlamentarismo totalmente ligado al sentir y a las luchas del pueblo. El Partido luchaba en la calle y Manuel Mora, junto a otros valientes e inteligentes diputados del Partido, en el Parlamento. La gran huelga bananera de 1934 se gestó en una batalla parlamentaria y fue la más clara y contundente muestra del espíritu revolucionario y de la fuerza que animaba esa nueva forma de parlamentarismo. En las polémicas del Congreso, verdaderas batallas sociales, se hizo la leyenda. Basta leer sus discursos o las crónicas de la época para sentir, como si fuera hoy, todo el talento, la cultura, la elocuencia, la lógica demoledora, la firmeza y al mismo tiempo la flexibilidad de su pensamiento político.

Un documento importante y poco conocido en la historia nacional es el primer Programa Mínimo del Partido Comunista, que se publicó en el periódico Trabajo del 13 de marzo de 1932. Están ahí, delineadas, clara y escuetamente muchas de las conquistas sociales que se concretaron gracias a la alianza con el Dr. Calderón Guardia y la Iglesia Católica, y en gobiernos posteriores. En el Programa Mínimo se confirma también la claridad y el pragmatismo con que veía la realidad social el Partido fundado y dirigido por Manuel Mora Valverde. La poca experiencia de ese brillante grupo de jóvenes era compensada con el talento, el entusiasmo, la audacia y el optimismo sin límites, casi temerario, cualidades por cierto nada despreciables y sumamente necesarias en todos los tiempos, principalmente en los de crisis pero que sólo genera la convicción y la confianza.

En mi opinión, de ese período deben sacarse muy importantes lecciones políticas, no simplemente por razones académicas, sino de orden muy práctico. Hoy día el mundo entero y nuestro país en

particular atraviesan momentos sumamente complejos. La intole-



rancia racial, religiosa, política, cultural, etc, hace estragos en el mundo. Fenómenos que creíamos desaparecidos han renacido de las entrañas del sistema mismo. Las guerras parecen ser la vía de solución de los problemas ante la incapacidad de las potencias y de los organismos internacionales para solucionar pacíficamente los problemas. En nuestro país la violencia y la miseria hacen cada día más pobres a los pobres y más ricos a los ricos. La inseguridad ciudadana es una realidad tenebrosa. Nuestras calles son selvas de asfalto llenas de peligro para los ciudadanos. Nuestro país se acerca a una situación de crisis.

Después de la guerra civil mi padre fue forzado al exilio y cuando le ofrecieron ayuda económica la rechazó. Únicamente pidió trabajo para alimentarse y cuidar a Carmen Lyra que agonizaba en México. Se ganó la vida escribiendo y en la primera oportunidad regresó al país para seguir luchando sin medir riesgos ni peligros personales. Se opuso siempre a cualquier aventura armada después de la guerra civil y sufrió junto a su heroico Partido las duras condiciones sociales, políticas y económicas que siguieron a la guerra civil. Abrió su bufete de abogado y litigó con brillo y honestidad. Ni por un minuto abandonó su lucha política.

Cuando se extendió por el continente la ola de la lucha armada que siguió al triunfo de la revolución cubana, mi padre sostuvo la tesis de la vía no armada de la revolución y se opuso a las aventuras militares en nuestro país. Esa postura política fue realmente el elemento decisivo que evitó la guerra en nuestro país. Debe conocerse que Manuel Mora Valverde jugó un papel decisivo en la conservación de la paz, cuando lo que sonaba en el ambiente eran los tambores de la guerra en Centroamérica. Posteriormente, por la paz del país supo sacrificar incluso la unidad de su propio Partido. Una vez más su brújula política fue certera, providencial y desinteresada.

En el año de 1982, junto a su gran amigo don Pepe Figueres, Manuel Mora inició un plan de paz para Centroamérica. Dicho plan, el primero en el área, pretendía acabar con la guerra mediante una salida negociada y digna a los pueblos centroamericanos. Las fuerzas oscuras de todo signo ideológico se opusieron a dicho plan. Una consecuencia de esa oposición de las fuerzas oscuras de la guerra al plan de paz de mi padre y don Pepe fue la bomba que se colocó en un avión que debía transportar a ambos líderes desde Managua a San José. En lugar de don Pepe, como se suponía, viajó junto a mi padre nuestro actual Presidente de la República, don José María Figueres. Cuando ya el avión se preparaba para iniciar el despegue en Managua, fue detenido; se



sacaron rápidamente unas maletas del avión, y cuando el carrito que las transportaba se acercaba a la terminal, estalló la bomba contenida en alguna de las maletas matando a varias personas y causando destrozos en el Aeropuerto. Fue uno más de los muchos atentados criminales contra la vida de Manuel Mora. Ni las bombas, ni los atentados, ni las amenazas, calumnias e infamias, han doblegado nunca sus principios de luchador social.

Uno de los aspectos más importantes en la vida de los seres humanos es su realización plena, como tales. Un escritor místico escribía que la realización plena de una persona consiste en que todo su potencial físico, intelectual y espiritual se desarrolle y manifieste plenamente en el gran laboratorio de la existencia humana que es la vida. A pocos días de cumplir sus 85 años, mi padre es un ser plenamente realizado. Su vida, llena de sufrimientos y trabajos, de errores y aciertos, es extraordinariamente fructífera. Cuando leía y pensaba sobre el concepto de la realización plena del ser, pensé necesariamente en mi padre, cuya realización plena está en el corazón del pueblo, que es el verdadero monumento donde se immortalizan los grandes hombres. En el mundo actual resulta para muchos casi incomprensible que el fundador del Partido Comunista, sin claudicar nunca en sus principios, haya podido jugar un papel tan relevante y transformador en una sociedad como la costarricense. Esa gran lección está abierta para los estudiosos y para los luchadores sociales.

Señoras y señores, concluyo esta intervención expresando, en mi nombre y en el de toda mi familia, in infinito agradecimiento a las autoridades de la UNED que han hecho posible este gran homenaje a Manuel Mora Valverde. Hago votos porque la lucha de mi padre, prendida en el alma de los mejores hijos de la patria, siga siendo fructífera. Que su honradez, su bondad, su inteligencia, en fin, su humanismo, sean de inspiración para los patriotas de hoy y del futuro.

Se levanta la sesión a las 11:00 p.m.

MBA. Anabelle Castillo
Rectora a.i.